

Este ha sido siempre el proceder de Dios para con sus escogidos. Y así, leemos en el libro de Josué (1), que á pesar de que los hijos de Israel habían subyugado y hecho tributarios á muchos reyes y pueblos, permitió Dios que no pudiesen exterminar nunca á los jebuseos. ¿Sabéis con qué fin? Para que no confiasen demasiado en sus pasadas conquistas y viviesen siempre apercebidos para la lucha. Así lo dice San Gregorio: «Dios, escribe este Santo Doctor, permítete en los justos que han vencido con la gracia divina grandes vicios y pecados, alguna fragilidad, algún leve defecto ó desorden, para que vivan apercebidos y sepan que si vencieron en las grandes luchas del espíritu, no fué por sus fuerzas y caudal, y queden instruídos y humillados». Nosotros tenemos en nuestra carne al Jebuseo, á quien podemos, con la gracia divina, reducir á servidumbre; pero exterminarlo, jamás. Ya, pues, que tenemos con quién trabar batalla todos los días de nuestra vida, procuremos sacar provecho de la tentación, el provecho y la utilidad que procuran el conocimiento propio y la humildad, que es su consecuencia. Luego la tentación nos ilustra y nos humilla. En segundo lugar, la tentación

2.^a *Nos purifica de los pecados cometidos.*—Es dogma de fe que, si morimos en gracia de Dios, pero sin habernos purificado enteramente del reato de las culpas cometidas (2), tenemos que pasar por el purgatorio, en donde se padece lo que el entendimiento humano no alcanza á comprender. Ahora bien: todos hemos pecado (3); quizá hemos ofendido á Dios gravemente; si así es, hemos merecido el infierno. ¡Oh qué pensamiento tan amargo! Por la divina misericordia hemos sido librados de aquellas llamas eternas (4); pero

(1) Josue, XV, 63; Judic., III, 11.
(2) Matth., V, 26; I. Corinth., III, 15.

(3) I. Joann., I, 8; III. Reg., VIII, 46; Prov., XX, 9; Ecclesiast., VII, 21.
(4) Thren., III, 22.

aquellos pecados, si bien han sido perdonados en virtud de nuestro dolor y la absolución del sacerdote, y las faltas que diariamente cometemos, dejan una mancha, una huella profunda en el alma, que debe desaparecer con la penitencia. Pues bien: una de las penitencias más eficaces y más aceptas á Dios es la paciencia en tiempo de tribulación ó tentación (1). Escuchad lo que se lee en el sagrado libro de Tobías (2): *Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.* Este pensamiento debe consolarnos, porque nos muestra que si bien hemos sido algún día enemigos de Dios y reos del infierno, Dios todavía nos trata como hijos muy queridos; todavía nos distingue con señales evidentes de amor y predilección, pues, como dice San Pablo, escribiendo á los hebreos: *Dios al que ama le castiga, y á quien recibe por hijo, le azota y le prueba con tentaciones y adversidades* (3). ¡Cómo!, ¿y éstas son pruebas de amor, señales de predilección de Cristo Nuestro Padre: el castigo, el azote, la tentación, la adversidad?... Sí, hermanas mías; no quiere mucho á su hijo el padre que no le corrige y castiga cuando delinque. Además, como todas vosotras sabéis, y así lo dice el Espíritu Santo, *nada manchado entrará en el cielo* (4); y Dios, Padre amorosísimo, que nos ve cargados de deudas y manchados con culpas é imperfecciones, nos ofrece en esta vida los medios más eficaces para satisfacer estas deudas y purificar nuestras almas en el crisol de la tentación y hacerlas dignas de gozar un día de su amor por toda la eternidad. Y ahora es justo exclamar con el apóstol Santiago: *Bienaventurado aquel que sufre la tentación, porque después que fuere así probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman* (5).

(1) Hebræ., X, 36; Eccli., II, 3.
(2) Tobíæ, XII, 13.
(3) Hebræ., XII, 6.

(4) Apocal., XXI, 27.
(5) Jacob., I, 12.

Decidme ahora: ¿no vale más, infinitamente más purificar nuestras almas en esta vida, sufriendo con paciencia las tentaciones y adversidades que Dios permite, que padecer increíbles penas en el purgatorio, en donde no podremos merecer, sino únicamente esperar las oraciones y sufragios que quieran enviarnos desde este mundo nuestros hermanos, parientes ó bienhechores? Besemos agradecidos la mano de Dios que nos castiga ahora como Padre, porque no quiere castigarnos con fuego vivísimo en el purgatorio. No ignoro que la tentación es á veces tan grave, tan viva, tan importuna y pegajosa, que parece como que nos arrastra al consentimiento y nos pone en grave riesgo de sucumbir; pero, hermanas mías, Dios está con nosotros (1), como estaba en el corazón de Santa Catalina de Sena en un caso semejante; por lo mismo, abracémonos entonces con Él, haciéndole mil protestas de fidelidad y de amor, que ésta es la mejor defensa en las tentaciones de esta índole. Dijo un día Santa Brígida á Jesucristo: «Jesús mío: soy afligida de muchos pensamientos malos y no puedo echarlos de mí, y angústiamme mucho tu espantoso juicio». A esto respondió Jesús: «Esta es la verdadera justicia: que así como antes de tu conversión te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos esos malos pensamientos contra la tuya. Y has de tener por cierto que los malos pensamientos á que el alma resiste, lejos de perjudicarla, son purgatorio y corona». No olvidemos, pues, que las culpas manchan, pero las tentaciones no consentidas purifican. Últimamente, resistiendo á la tentación,

3.^a *Nos ejercitamos en todas las virtudes.*—¿Qué puede saber quien no ha cursado en la escuela de la tentación?, nos dice el Espíritu Santo (2). Esta es la escuela de Cristo, es-

(1) Psalm. XC, 15.

(2) Eccli., XXXIV, 9-11; Exod., XVI, 4.

cuela de trabajos, aflicciones, adversidades y muerte; en esa escuela se aprende á padecer, pero á padecer amando, que es sabroso padecer. La gran ciencia, la gran sabiduría del cristiano debe estribar en la Cruz; en ella únicamente debe gloriarse. Así lo dice San Pablo: *Lejos de mí gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (1). Así lo han dicho y hecho los Santos, como fieles imitadores de Cristo. Ahora bien: atendida la corrupción de nuestra naturaleza, nuestra tendencia al reposo, al regalo y al bienestar, ¿qué virtudes practicaríamos si no tuviéramos continuamente sobre nosotros el acicate de la tentación? (2). Si todo nos sucediese á medida de nuestros deseos; si nada se opusiera á la realización de nuestros caprichos ó antojos, ¿dónde iríamos á parar? ¿Con qué derecho, con qué justicia, con qué razón osaríamos pedir á Dios la corona de la gloria, prometida únicamente á los que vencen en las luchas del espíritu?... Escuchad á San Pablo: *He combatido con valor; he concluído la guerra; he guardado la fe: sólo me resta esperar la corona de justicia que me dará el Señor, como justo Juez* (3). ¿Veis los méritos y servicios que alega el Apóstol para lograr la corona que de justicia se le debe? De justicia, sí, porque ha peleado y ha vencido (4), y Dios ha prometido al vencedor *sentarlo en un trono, coronado de gloria* (5). Y en realidad, si no fuéramos tentados, ¿cómo nos ejercitaríamos en las virtudes? La humildad es el fundamento de la santidad (6); y ¿cuándo adquiriríamos esta difícil virtud, si nadie nos humillase ni contradijese? Si no padeciéramos ninguna tribulación, tampoco podríamos saber si éramos pacientes, castos, caritativos ni mortificados, y entonces ¿qué méritos, que victorias podríamos ofrecer á Dios para lograr, como el Apóstol, la corona de justicia?... ¿Decís

(1) Galat., VI, 14.

(2) II. Corinth., XII, 7.

(3) II. Timoth., IV, 7.

(4) II. Timoth., II, 5.

(5) Apocal., III, 21.

(6) Prov., XI, 2; Matth., XVIII, 3.

que entonces viviríamos en paz? Falsa paz sería esa, porque no procedería de la justicia (1), esto es, del cumplimiento de la Ley de Dios (2); y sabido es que la Ley divina tiene por base el sacrificio, y que *el reino de los cielos se logra con esfuerzo y violencia* (3). A esa falsa paz se refiere Jesucristo cuando dice por San Mateo: *Yo no he venido á la tierra á traer la paz, sino la espada* (4); he venido á destruir la falsa paz que da el mundo. La verdadera paz, que es la interior (5), resulta de la lucha contra las pasiones y apetitos depravados; y cuando logramos someterlos á la razón y á la fe, entonces hay verdadera paz, porque entonces hay orden y subordinación de la parte inferior á la superior, de las pasiones á la razón, de la carne al espíritu, y en esto consiste *la justicia cuyo fruto es la paz*, que, según el Apóstol, *sobrepuja á todo entendimiento* (6). Vengan, pues, tribulaciones, vengan tentaciones que nos purifiquen de los pecados cometidos y nos ofrezcan ocasión de ejercitarnos en las virtudes y de atesorar méritos para el cielo. Si no se nos prueba y purifica en el crisol de la tentación, ¿cómo conoceremos si somos vasos de oro, de plata, de cobre ó de frágil barro, indigno de servir en la mesa del Rey de los cielos? (7).

Sí, hermanas mías, y debemos bendecir á Dios por ello; la tentación nos humilla, nos instruye, nos ofrece ocasión de ejercitarnos en todas las virtudes, nos purifica de los pecados cometidos, nos hace recurrir á Dios, como los Apóstoles cuando se hallaban en peligro (8); y si la resistimos, si salimos de ella victoriosos con la gracia de Dios, vamos avanzando en el camino de la virtud, y á cada vencimiento, á cada victoria corresponde un grado de gracia con la cual nos

(1) Psal. LXXXIV, 11.

(2) Psal. CVIII, 165; Rom., II, 10.

(3) Matth., XI, 12.

(4) Matth., X, 34; Luc., XII, 51.

(5) Galat., V, 22.

(6) Philipp., IV, 7.

(7) II. Timoth., II, 21.

(8) Matth., VIII, 25; Isai., XXXVIII, 14.

fortificamos para resistir en lo sucesivo, y cada grado de gracia merece un grado de gloria en la otra vida. ¡Oh y cómo bendeciremos en el cielo los dolores, las persecuciones, las tentaciones y desprecios sufridos con paciencia en este mundo, al ver la grandeza de la gloria que nos han facilitado!... Entonces veremos que las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos han merecido el ser *embriagados en el torrente de delicias que sale con ímpetu del trono de Dios y del Cordero* (1). Y si una sola gota de este torrente, concedida por Dios á sus escogidos en esta vida, los ha embriagado de amor (2) y levantado del suelo en éxtasis maravilloso, como leemos de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de San Ignacio de Loyola, de San Pedro de Alcántara y otros muchos, ¿qué acontecerá cuando seamos llenos, henchidos, inundados por ese torrente embriagador de felicidad y de gloria (3) que Dios ha prometido á los que combaten y vencen por su amor?...

Resolvámonos á pelear, hermanas mías. La vida es corta (4), y la felicidad que esperamos no tendrá fin. Y si deseáis un medio para vencer siempre al enemigo, os daré el que á todos ha dado Jesucristo: *Vigilad y orad* (5). Vigilemos, sacudiendo la tentación apenas asome, como sacudimos la brasa que cae en el vestido, y no entablemos discusión con el enemigo, porque en ese caso seríamos vencidos. Pluguiere á Dios que así lo hubiera hecho en el paraíso nuestra primera madre. Vigilemos, procurando estar siempre ocupados, tener á raya la imaginación, mortificar los sentidos y huir de las ocasiones y peligros; sí, hermanas mías, huir de ellos, pues, como dice Santa Teresa, «peligros en

(1) Psalm. XVI, 15.

(2) Cant., V, 1.

(3) Psalm. XXXV, 9; Psalm. XVI, 15.

(4) Job, XIV, 5; Sapient. II, 1.

(5) Matth., XXVI, 41; Marc., XIV, 38.

»que pone Dios, no son peligros»; pero si nos ponemos voluntariamente en ellos, sucumbiremos, dice el Espíritu Santo (1). El segundo medio es la oración, nunca suficientemente encarecida; en ella adquiriremos fuerzas y alientos para luchar ventajosamente con nuestros enemigos; en ella *se encenderá el fuego sagrado del divino amor* (2), en el cual adquirirán nuestras almas el temple que necesitan para resistir los rudos embates de las tribulaciones, vengan de donde vinieren; en ella habla Dios á sus amigos y les descubre sus secretos y les comunica su gracia y su amor (3), y con su amor y su gracia seremos invencibles, triunfaremos del mundo, del demonio y de nosotros mismos, y en premio de estas victorias, seremos coronados con *corona de justicia* en el cielo por toda la eternidad (4).

(1) Eccli., III, 27.

(2) Psalm. XXXVIII, 4.

(3) Osee, II, 14.

(4) II. Timoth., IV, 8; Tob., III, 21.



DE LOS MALOS PENSAMIENTOS
